

Discurso 25 de mayo, leído en el Aula Magna del CNBA el miércoles 24 de mayo de 2023.

Señora Rectora

Señora Vicerrectora

Autoridades presentes

Docentes, alumnos

Estimados compatriotas todos:

Hoy nos reunimos para conmemorar aquellos días de mayo. ¿Quién es la patria? Como empiezan tantas historias, este discurso podría empezar con el consabido “Fue un día como hoy...”, pero la patria no necesita solamente de una historia o de un mito fundante (Roma no lo tuvo y se lo inventó con la historia de dos bebés alimentándose de una loba etrusca). La patria se hace y deshace en las interpelaciones que le hacemos a *eso* que pocos han podido definir: esa suerte de amalgama furiosa de íntima posesión profunda que une territorio, costumbres, raíces, lengua, idiosincrasia.

La imagen fundante que el étimo nos trae dice que *o pateras*, según los helenos, significa el padre. *i patrida*, llaman los griegos a la patria. ¿Qué es la patria? Filológicamente, el lugar donde están enterrados nuestros padres, y para no ser tan patriarcales, nuestras madres, la *matria* por qué no; me gusta la *matria*, aunque la RAE no acepte. Eso es la patria, pues, el lugar donde están enterrados nuestros antepasados, nuestros ancestros, pero no en un sentido funerario, sino justamente redivivo, allí donde el lugar del reposo nos recuerda que otros lucharon, que otros creyeron, que otros pensaron. En 1810, esa fecha siempre redonda y ya dos veces centenaria, recordamos a esos padres y madres que ya no están para venirnos a fundar la patria: me gusta pensar también que ese nombre de revolución suena un poco rimbombante.

Fue un gesto más bien, un gesto enorme, que se erigió en contra de la opresión y la ignominia; esa rebelión de las colonias españolas como la nuestra tan dejadas a su suerte. Jugando a las palabras, un gesto que se hizo gesta, para obligarnos casi a rechazar los próceres de mármol, las viñetas escolares, los consabidos lugares comunes y construir el mito de la semana de mayo que nosotros, que no somos Roma, también nos contamos imaginariamente a partir de lo real de un primer gobierno patrio, reunidos en un Cabildo y frente a una plaza.

La patria, pues, es tanto una entidad del todo real como siempre imaginaria; está aquí en lo concreto pero siempre es más una construcción: nos vuelve a enfrentar siempre a las incógnitas del futuro, que seguramente carcomió a los patriotas de mayo y que hoy, en esa senda venturera, exploradora del mañana, merita repensarse.

Y más junto a ustedes aquí sentados, en ninguna víspera: estudiando más bien, preparándose, acelerando lo que está por venir, en este país que, en algún sentido como decía Gramsci, es la tierra de aquello que “no acaba de morir y que todavía no termina de nacer”.

Estamos en esta semana de mayo para pensarnos todavía y con ustedes formándose y pensando desde este Colegio (tantas veces llamado *Colegio de la Patria*); en este Colegio, justamente, donde si hay algo que circula es la palabra: para rebatirnos, para cuestionarnos, para interrogarnos. En nuestras aulas, donde cada vez que se enseña una fórmula química o un pasaje de Sarmiento, la patria busca nombrarse.

¿Quién es la patria? Borges, partiendo de una negación totalizante propuso un final incluyente: *Nadie es la patria, pero todos lo somos*. Pienso, por eso, poéticamente, y permítase ser lírico esta tarde, en esos “hombres de mayo” que hicieron, en realidad, de un ardor, la persecución de la marcha de la Historia, que es un jinete que no se detiene: antes de 1810, frente a los ingleses en 1806 y en 1807, y, luego, en el largo derrotero hacia una independencia de veras soberana que acaso, en sentido total, todavía falta. En ese lapso que cuaja la historia, la semana de mayo. El 14 de mayo en que llegan las noticias de los acontecimientos en España y la caída en manos napoleónicas del último bastión español. El 18 de mayo en que Cisneros informa, a través de pregoneros, los hechos ocurridos en la península y pide no traicionar a la Corona. Pienso en esa noche febril en que los más jóvenes reunidos en casa de Rodríguez Peña impulsan los reclamos al virrey y ya se sienten más libres. EL 19 de mayo muchos más criollos reunidos reclaman un Cabildo abierto. El 20, en que el abogado procurador Julian de Leiva, ex alumno de este Colegio bajo su denominación como Real Colegio de San Carlos, propone a Cisneros que convoque al Cabildo. Mientras en el «Café de los Catalanes» y en «La Fonda de las Naciones», donde se discutió con gran entusiasmo las acciones por venir, se palpita el cambio. El 21 de mayo en que se anuncia el Cabildo. El 22 de mayo en que se reúnen los cabildantes..El 24 de mayo en que ese Cabildo propone una junta con españoles, criollos y el virrey como Presidente burlando el deseo popular y que produce el malestar que motiva la renuncia de los criollos. Y el 25 de mayo, día frío y lluvioso, en que el albor de la patria se constituye en un primer gobierno con los nombres que hoy son leyenda: Saavedra, Moreno, Paso, Castelli, Belgrano, Azcuénaga, Alberti, Larrea y Matheu.

A veces pienso en esa temporalidad semanal, ¿la Argentina es una patria que se piensa por semanas?; también la pensamos en décadas (infames o ganadas), pero después caemos, en aquello que los patriotas supieron no debería dejarse estar sino persistir en su quiebre, en su cisma, en su giro. Como en ese gesto y gesta del 25 de mayo que, un día como hoy, nos hizo la patria.

De lo particular a lo general, este Colegio. Y es desde este Colegio, desde donde hoy hablo, sede neurálgica para la construcción de nuestra nación, donde todo un poco nos recuerda que por aquí pasó la Historia. A tiro de la Iglesia y el claustro de San Ignacio allí donde ahora, y quiero hacer esta especial mención, reposan los restos de Castelli, el primo hermano de Belgrano, el encendido orador de la revolución, y, ex alumno de este Colegio, en tiempos en que era, como ya nombramos, el Real Colegio de San Carlos. Y es, desde este Colegio, a unos metros de los restos del Cabildo colonial que supo fundar Juan de Garay, y, de la Plaza de Mayo, patio central

de esta patria enorme, de geografía inaudita que, sin embargo da, en esta plaza, el debate del ágora de todas las proezas y las desgracias de nuestra condición argentina, antiguamente Plaza de la Victoria y epicentro de las más civiles de las batallas y, por eso, escenario de bombardeos y de asonadas, de festejos y de rondas matriciales de memoria. Como si la emancipación, necesitara para nosotros, al lado de esta Iglesia, desde este Cabildo, frente a esta plaza, desde el corazón de este Colegio, de las marchas y retrocesos de la historia.

Valga este momento de reflexión para pensar, y así “enumerar la patria”. Hoy, más que didáctico, estoy lírico, pero el profesor de literatura que soy, pensando en la *matría*, en las raíces que buscan nombrarse, en mayo y en “lo que se cifra en ese nombre”, me lleva a esta tarde a cerrar esta breve alocución, con un poema de Silvina Ocampo, en la voz de un yo lírico femenino, dice, desde su subjetividad, su “Enumeración de la patria”

Patria, en una plaza, de memoria

he sabido pasajes de tu historia.

Debajo de la mano indicadora

de San Martín, he sido la impostora

de indios en los límpidos ponientes.

He transformado próceres dolientes

con cuidadoso lápiz colorado,

invasiones inglesas he soñado

en azoteas llenas de improviso

aceite hirviendo y pelo suelto. He visto

a la Santa de Lima desatando

los temporales turbios y adorando,

sobre un papel de encaje, corazones

y tocayas con muchas perfecciones.

Patria vacía y grande, indefinida

como un país lejano, interrumpida
por la llegada lenta de los trenes,
con jubilosa espera en los andenes.
Es en la madrugada incierta, cuando
tus gauchos invisibles van cruzando
potreros alambrados y cañadas,
jagüeles y tranqueras atrofiadas,
que tu alma lenta y de madre se queda
con silencios de urraca en la arboleda.
Tu ancho río tiene mimetismos
secretos con tus dulces, con tus cielos
y tus grajeas lilas de bautismos.
Ecuatorial calor y azules hielos
en tus montañas, derramadas piedras
como bandadas de tortugas, hiedras.
Eres esplendorosa y desvalida:
con un frío y ardor que no descansa...

Muchas gracias

Dr. Profesor Walter Romero (UBA)